

puelas de sus caballeros y en las riendas de sus corceles más oro y plata que en toda Suiza, » y que la posesión de sus montañas no valía la pena de tentarlo.

Los amigos y consejeros del Temerario lo disuadieron también de esa empresa, pero nada pudo detenerlo. Habiendo reunido un ejército de cerca de cuarenta mil hombres y formidable artillería, empezó el ataque en pleno invierno. Presentóse el 18 de febrero ante la pequeña ciudad de Granson, que le resistió diez días. Para excitarlos á rendirse, prometió á los habitantes dejarles la vida; mas, al ser dueño de la ciudad olvidó sus promesas y los hizo pasar todos á cuchillo. Esa barbarie indignó á todos los cantones suizos, y los vencedores de Morgarten y de Zempach marcharon á vengar aquel atentado. Hallaron al ejército burguinón cerca de Granson, reunido todo en una llanura estrecha donde la artillería y la caballería no podían maniobrar (2 de marzo de 1476). Antes de trabar la batalla, aquellos sencillos y píos montañeses se arrodillaron para encomendarse á Dios. « Piden gracia, exclamó entonces el duque de Borgoña; mirad á esos villanos que desean hacernos la guerra y que no se atreven ni siquiera á empezarla. » Pero no tardó en conocer el valor de aquellos hombres, que pasaban con razón por los primeros soldados del mundo; en poco tiempo fué desbandado su ejército. Carlos no perdió muchos soldados; pero sí dejó en manos de los vencedores cuatrocientos cañones, su tienda, su tesoro, sus diamantes, su espada, su collar del Toisón de Oro, los ornamentos de su capilla y multitud de tahalíes, estandartes y pendones que los suizos emplearon en adornar sus iglesias.

Esa derrota abatió el orgullo del duque y lo sumió en negra melancolía, que alteró su espíritu y su salud; pero reunió otro ejército compuesto de italianos, ingleses, saboyanos, burguinones y gentes del Franco Condado, componiendo en total treinta y seis mil hombres. Con ellos salió de Lausanne el 27 de mayo de 1476, diciendo: « Almorzaré en Morat, comeré en Friburgo y cenaré en Berna. » Sin embargo, el 22 de junio estaba aún delante de Morat, punto á donde fueron á atacarlo los suizos, sostenidos por las fuerzas que les enviaron René de Lorena y Segismundo de Austria.

Carlos no tomó precaución ninguna para recibir ese ataque, y su caballería y artillería no pudieron maniobrar, según ya le ocurriera en Granson. El ejército, cogido entre los enemigos, el lago y la ciudad de Morat, no pudo huir. Así fué que dejó más de diez mil hombres sobre el campo de batalla.

Muerte de Carlos el Temerario (1477). — El gran duque de Occidente convocó los Estados del Franco Condado, de Borgoña y de Flandes para tratar de los medios de reparar tan gran desastre; pero en todas partes recibió negativas humillantes y todos parecían burlarse de sus desgracias, René Vaudemont volvió á la Lorena; al saberlo el Temerario, se dió prisa á marchar sobre Nancy, pero llegó demasiado tarde, pues hacia ya tres días que la ciudad había vuelto á caer en manos de su adversario. Carlos quiso ponerle sitio, á pesar de no disponer sino de cuatro mil hombres. René voló en socorro de su capital con fuerzas cinco veces mayores que las del Temerario, quien no obstante aceptó la batalla (5 de enero de 1477). Las alas del ejército burguinón fueron deshechas y se desbandaron. Entonces René atacó, de frente y por los flancos, al cuerpo que mandaba el duque en persona. Carlos revistió su casco, y viendo caer al suelo un león de plata dorado que le servía de cimera, exclamó con asombro: *Hoc est signum Dei* (este es un presagio del cielo). Vencido, arrastráronlo en sus filas los fugitivos; así cayó del caballo en un foso, donde lo mataron de una lanzada. Su cuerpo no fué hallado hasta dos días después de la batalla, cubierto de sangre y de lodo, y con la cabeza entre dos témpanos de hielo. No fué posible reconocerlo, pues estaba muy desfigurado, hasta que se notó lo largo de su barba y la cicatriz de una estocada que había recibido en la batalla de Montlhéry. *Primo mio*, dijo René tomándole la mano, *que Dios haya vuestra alma; mucho mal y muchos dolores nos habéis causado.*

§ II. — *Engrandecimiento del dominio real. Gobierno de Luis XI.*

Luis recoge la herencia del duque de Borgoña.

— La muerte del duque de Borgoña libró á Luis XI de un enemigo terrible, pero no dió fin á la guerra. Carlos el Temerario no había dejado para sucederle más que á su hija María, de veinte años de edad. Luis XI pretendió que una parte de los Estados del duque eran feudos masculinos y que por tanto debían volver á la corona. Luego procuró asegurarse la posesión de las demás partes intentando casar á su hijo el delfin Carlos con la duquesa, cuya mano era solicitada al mismo tiempo por el archiduque Maximiliano, el duque de Gueldre, el duque de Clarence y lord Rivers, hermano y cuñado respectivamente del rey de Inglaterra Eduardo IV. Mientras la princesa dudaba entre esos distintos partidos, Luis XI se apoderó sucesivamente de las ciudades de la Picardía, del ducado de Borgoña, del Franco Condado, del Artois y de parte de los Países Bajos. Los flamencos habían conservado en medio de ellos á la joven duquesa, y pretendían resarcirse del yugo que les había impuesto Carlos el Temerario, dirigiéndola á su guisa. Pero como Luis XI les inspirara desconfianza contra María, excitándolos á rebelarse contra ella, la joven se alejó de Francia y se casó con Maximiliano de Austria, hijo del emperador Federico III (18 de agosto de 1477). Ese enlace desconcertó todos los planes de Luis XI, pues lo obligó á sostener la guerra contra la casa de Austria. Maximiliano obtuvo sobre el ejército francés la victoria de Guinegate (7 de agosto de 1479), pero no pudo sacar de ella ventaja alguna. Habiéndose visto obligado á volver á Flandes, vió sus Estados presa de las facciones, y para salir de las dificultades que éstas le suscitaban, tuvo que emplear todos sus recursos.

En eso ocurrió la muerte de su mujer, María de Borgoña (25 de marzo de 1482), dejando dos hijos, Felipe y María, que heredaron la Flandes, con arreglo al estatuto de esa provincia. El consejo de regencia cedió á la Francia, por el tratado de Arras, la Picardía, la Borgoña, el Artois y el Franco Condado (23 de diciembre de 1482), lo que aniquiló á la célebre casa de Borgoña, cuyo poder había estado á punto de ser tan funesto para la Francia.

Humillación de los grandes. — Durante todo su

gobierno no descuidó nada Luis XI para disminuir la importancia de las casas que podían hacer sombra á la corona. Empezó por aniquilar á la de Armañac, que era una de las más potentes y orgullosas familias del mediodía. Su jefe, Juan V, se jactaba de descender de los merovingios, y nunca dejó, lo mismo que sus antepasados, de ser enemigo de la casa reinante. Carlos VII había tenido que condenarlo por los atroces crímenes con que se manchaba; pero Luis XI, que al principio de su reinado se había complacido en deshacer lo que antes hiciera su padre, se apresuró á reabilitar á aquel señor, devolviéndole sus bienes. Tuvo la recompensa que podía esperar; así que Juan se vió en posesión de sus dominios, se alió con los duques de Borgoña y Guiena y con el rey de Inglaterra, convirtiéndose en uno de los más ardientes enemigos de su bienhechor. Luis XI castigó su felonía en 1473; hizo sitiarse en la ciudad de Lectoure, y ordenó su muerte, sin respeto á la capitulación concedida. Todos los Estados de Armañac fueron confiscados en provecho de la corona.

El duque de Alençon había sido condenado igualmente bajo Carlos VII. Luis XI le devolvió la libertad, restableciéndolo en sus posesiones. Pero no bien salió ese príncipe de su cautiverio, cuando fabricó moneda falsa, entró en la liga del *bien público* y formó parte de todos los complots formados contra el rey. Llegó hasta vender su condado del Perche y su ducado de Alençon al duque de Borgoña. Luis XI lo hizo prender en 1473, y condenarlo á muerte; pero la sentencia fué conmutada en encierro perpetuo, en el cual murió efectivamente dos años más tarde.

El condestable de Saint-Pol, que debía también todo á Luis XI, fué decapitado en la plaza de Grève al año siguiente. El rey le había confiado la capitania de Tours, el gobierno de Normandía y la espada de Francia al nombrarlo condestable; pero sólo se sirvió de su habilidad y sus talentos para engañar á los príncipes á cuyas órdenes estuvo. Sirvió sucesivamente al rey de Francia, al de Inglaterra y al duque de Borgoña, y esos pudieron, comunicándose mutuamente las cartas del condestable, convencerse de que los había

vendido y engañado á todos. El duque de Borgoña lo entregó á Luis XI, que lo hizo encerrar en la Bastilla, y ejecutarlo, una vez convicto de todos sus crímenes (1475).

Dos años después, Santiago de Armañac, duque de Nemours, jefe de la rama menor de los Armañac, fué prendido y juzgado. Ese príncipe se había hecho, respecto de Luis XI reo de negra ingratitud. No obstante que el rey le otorgó su ducado de Nemours é inmensos bienes en las diócesis de Meaux, de Chalons, de Sens y de Langres; no obstante haberse casado con la hija del conde del Maine, prima del soberano, jamás cesó de ser traidor á éste. Fué uno de los primeros en aceptar la liga del Bien público, por lo que obtuvo poco después su gracia, así que se firmó el tratado de Conflans. Más tarde se había aliado con el conde de Armañac, tomando partido por el duque de Guiena, y entendiéndose con los enemigos de Luis XI. Sin embargo el rey se había mostrado dispuesto á perdonarlo una vez más. Por último, en 1475, en vez de servir la causa de su bienhechor, se preparaba para unirse con el duque de Borgoña y el rey de Inglaterra. No es, por tanto, extraordinario que el rey permaneciera sordo á sus ruegos y que se pronunciara su condenación. Fué ejecutado en la plaza de los mercados, pero no es cierto que, como se ha pretendido, fueran colocados debajo del cadalso sus hijos para que los mojara la sangre de su padre.

Todas esas condenaciones tuvieron por efecto destruir las casas de Armañac, de Alençon, de Saint-Pol y de Nemours, haciendo morir á sus jefes. Luis XI se atrajo al mismo tiempo á la casa de Borbón, casando á su hija Ana, que estuvo encargada de la regencia durante la menor edad de Carlos VIII, con el segundo hijo de esa familia, príncipe de Beaujeu, y se captó las simpatías de la casa de Orleans dando por mujer al duque Luis, que reinó después de Carlos VIII, con el nombre de Luis XII, su segunda hija Juana. Luego despojó á la casa de Anjou, obteniendo del anciano René y de su sobrino Carlos un testamento que lo declaraba su heredero. Habiendo muerto el primero en 10 de julio de 1480, y el segundo el 12 de diciem-

bre de 1481, Luis quedó así dueño del Maine, de Anjou y de la Provenza.

Muerte de Luis XI (30 de agosto de 1483). — Todos esos triunfos no pudieron curar á Luis XI de la sombría tristeza y negra melancolía que le inspiraba la idea de su próxima muerte. Para disimular ante los ojos de sus vasallos su decaimiento, desplegó grande actividad, visitando por sí mismo todas sus provincias. Luego se encerró en su castillo de Montils-lez-Tours, al cual habían valido el nombre de Plessis (*plexitium*, parque, sitio firme) las fortificaciones que lo rodeaban. Desde esa fortaleza inaccesible trastornaba sin cesar el reino, para demostrar su vigor y su poder, y cada día multiplicaba sus rarezas para que los ojos de sus súbditos estuviesen siempre fijos en él. Entregábase á todas las locuras que le sugería la superstición, en la esperanza de prolongar sus días; y el miedo á la muerte lo hacía esclavo y víctima de su médico. Conociendo las virtudes de San Francisco de Paula, lo llamó á su lado, para retardar su última hora. Pero el servidor de Dios le enseñó que vivir era menos importante que el bien morir; y por efecto de sus consoladoras exhortaciones, Luis XI falleció con resignación el 30 de agosto de 1483, pronunciando estas palabras: *Nuestra Señora de Embrún, mi buena patrona, ayúdame.*

Adquisiciones hechas durante su reinado. — Luis XI reunió durante su reinado, á los dominios de la corona, casi todas las posesiones de las grandes casas feudales. Por el tratado de Arras sacó de la herencia del duque de Borgoña cuatro magníficas provincias, la *Picardía*, el *Artois*, el *ducado de Borgoña* y el *Franco Condado*. La casa de Anjou le llegó el *Anjou*, el *Maine* y la *Provenza*; pero esta última provincia sólo fué anexionada á la corona, conservando sus leyes y derechos particulares, y los reyes de Francia no llevaron más que el título de *condes de Provenza*, que conservaron hasta 1789. Confiscó el ducado de Alençon y el Perche cuando el duque de aquel nombre fué condenado. Por la muerte de su hermano adquirió la Guiena.

La condenación del conde de Armañac, del duque

de Nemours y del condestable de Saint-Pol valieron á la corona los feudos del condado de Saint-Pol, los dominios del duque de Nemours y el condado de Armañac con todas sus dependencias. En sus relaciones con Aragón, Luis XI había obtenido además la Cerdaña y el Rosellón. Sólo quedaba, pues, en Francia una gran casa feudal, la de Bretaña, á la cual se acercó lo más que pudo por el Mans, Angers y Alencón, sin dejar nunca de vigilarla; pero el duque de Bretaña había sabido á su vez mantenerse en guardia para no dar motivo á que su peligroso vecino se echara sobre sus tierras.

En Francia, los ingleses seguían poseyendo la ciudad de Calais. « También habíamos pensado, decía Luis XI en su lecho de muerte, en expulsarlos del último nido que les queda en el reino. » Pero no pudo ejecutar ese proyecto. Su único pensamiento había sido fundar la unidad territorial de Francia en provecho de la monarquía. Si no pudo lograr tan grande objetivo, á lo menos adelantó considerablemente su realización.

Gobierno é instituciones. — Independientemente de esas adquisiciones, que contribuyeron á fundar la unidad territorial, el reinado de Luis XI fué también uno de los más notables de la monarquía francesa por las reformas é instituciones con que dotó al país. Comprendió toda la importancia de la administración de justicia é introdujo en ella numerosas y profundas mejoras. Creó tres nuevos parlamentos: el de *Grenoble* (1453), que reemplazó al antiguo consejo *delfinés*, cuya jurisdicción se extendía por el Delfinado; el de *Burdeos* (1462), el de *Dijón* (1477), y reformó mucho el de París.

Renovó la ordenanza de Carlos VII relativa á la redacción de un *código del derecho consuetudinario*. Decía apeteer « *que en su reino hubiese una costumbre y que todas las costumbres fueran puestas en francés en un hermoso libro, para evitar el dominio y las pillerías de los abogados.* » Ese deseo no pudo realizarse, pero aun el simple pensamiento de esa unidad era ya un gran progreso que conviene señalar.

Estableció en principio la inamovilidad de los

jueces, lo cual fué excelente garantía en favor de su imparcialidad. Declaró que aquéllos no podrían ser privados de sus cargos más que *por indignidad juzgada y declarada judicialmente por autoridad competente*.

Acabó de destruir el feudalismo permitiendo que los burgueses reclamaran el derecho que tenían los nobles de mandar la ronda y la guardia. Creó un Código municipal completo para las ciudades, con el fin de hacerlas cada vez más dependientes del poder central, é hizo nuevos reglamentos para los gremios de artes y oficios, cuyo jefe se declaró.

Correos. Apoyo al comercio, á la imprenta y á las letras. — Para facilitar las comunicaciones, Luis XI estableció el servicio de correos. En rigor, esa institución no sirvió al principio más que al rey y al papa personalmente, pero luego se la extendió al uso de los particulares en 1481.

Ese príncipe, cuya prodigiosa actividad bastaba para atender á todo, se aplicó al mismo tiempo á favorecer el desarrollo del comercio y de la industria. Con tal fin creó multitud de ferias y mercados y procuró establecer la unidad de pesas y medidas.

Favoreció la industria haciendo que de Venecia, Florencia y Génova fueran á Francia obreros hábiles, y creando en Tours fábricas de telas de seda, de oro y de plata. Al mismo tiempo alentó la cría de gusanos de seda y la explotación de minas, que era una de las más antiguas industrias de Francia.

Habiendo sido inventada la imprenta en Maguncia por Juan Gutenberg, en 1436, los doctores de la Sorbona llamaron á París en 1469 tres tipógrafos que habían trabajado en casa de Furst, socio de Gutenberg, y los establecieron en uno de los locales del colegio. Sorprendido el pueblo por su maravilloso arte, los acusó de brujería, pero Luis XI los protegió contra la ceguera de la superstición y favoreció por manera tan eficaz su industria, que en pocos años multiplicaron las obras de los literatos y de los sabios.

El rey en persona se había aplicado mucho al estudio, y según su historiador, Comines, *recibió en las letras un alimento que los reyes no estaban acostumbrados á tener*. Compuso varios libros, entre los cuales merece

mención el *Rosier des guerres*, que destinaba á la educación de su hijo. Fundó diversas escuelas de derecho y de medicina, y el número de las universidades aumentó mucho en su tiempo, lo mismo que en el de su padre. Las academias de Dôle (1422), de Poitiers (1431), de Burdeos (1444), de Caen (1431), de Valencia del Delfinado (1452), de Nantes (1460), de Bourges (1463), datan de entonces.

§ III. — *Carlos VIII y Ana de Beaujeu. Estados generales de 1484.*

Ana de Beaujeu. — Para sostener la obra de Luis XI se habría necesitado un hombre de genio igual al suyo. Carlos VIII no era más que un niño de catorce años, de poca salud, que siempre habían tenido alejado de las cosas serias por temor á violentar una naturaleza frágil y delicada con aplicación demasiado atenta. Luis XI designó como regenta á su hija mayor, Ana de Beaujeu, que era mujer de valor y de inteligencia, de espíritu astuto y sagaz. « Lista y avisada, dice Brantôme, si alguna hubo así, y en todo verdadero retrato de su padre. » Pero los señores veían con disgusto que iban á estar sometidos á una mujer y además comprendían que la monarquía estaba débilmente representada. Así fué que creyeron favorable la ocasión para intentar la restauración de sus privilegios, y para destruir lo que contra ellos se había hecho en el reinado precedente.

Estados generales (1484). — Ana de Beaujeu les hizo algunas concesiones, dejando que el odio público se encarnizara contra los favoritos de Luis XI. Oliverio Le Daim fué condenado por el parlamento á ser ahorcado, y se obligó á todos los hombres de oscura condición que rodearon al monarca, á restituir las riquezas que aquél les concediera. Habiendo sido convocados en Tours los estados, la nobleza dejó oír sus quejas, reclamando contra el servicio á que se la había sometido, recordando su derecho de caza que le habían arrebatado, acusando á los nuevos gobernadores de las ciudades y de los castillos de no cuidar de la seguridad del país, y renovando, por fin, todos los resentimientos

personales que tenía contra Luis XI. El estado llano expuso también sus quejas acerca de la administración, la justicia y la pobreza del reino, y pidió la supresión de los impuestos, la represión de las exacciones de los militares, y la disminución del ejército. Todos los órdenes querían la unidad de las leyes ó costumbres, el libre tráfico de las mercancías dentro del reino, la supresión de los obstáculos que lo estorbaban, la inamovilidad de los jueces y la convocatoria de los estados generales cada dos años. Ana de Beaujeu tuvo la habilidad de calmar los ánimos haciendo magníficas promesas; hízose otorgar plenos poderes por el tiempo de la menor edad de su hermano, y disolvió luego los estados sin preocuparse demasiado de los deseos que manifestaran.

Intrigas del duque de Orleans. — Sin embargo, muchas ambiciones no habían quedado satisfechas, y en el reino existía gran número de descontentos, entre los cuales se hacía notar el duque de Orleans. Ese príncipe se fué por todas partes alizando el fuego de la sedición, y se unió con el duque de Bretaña, último de los grandes señores feudales que sobrevivió á Luis XI. Carlos VIII los citó por felonía ante el tribunal de los pares y los hizo condenar; pero como esa sentencia necesitaba ser apoyada por la fuerza, Luis de la Tremoille recibió orden de penetrar en Bretaña con un poderoso ejército; así lo hizo, arrasando á Châteaubriant y Ancenis, apoderándose de Saint-Aubin y difundiendo el terror ante su paso. Los bretones se presentaron á atacarlo bajo los baluartes de la última de dichas ciudades; pero fueron vencidos, y el duque de Orleans quedó prisionero. El cautiverio de ese príncipe cortó la rebelión y el reino recobró su tranquilidad interior (1488).

Casamiento de Carlos VIII con Ana de Bretaña. Adquisición de esta provincia (1491). — Desde entonces empezó á revelarse el carácter ardoroso de Carlos VIII. Habiendo muerto el anciano duque de Bretaña, su hija Ana, heredera de dicha provincia, concedió su mano á Maximiliano, emperador de Alemania, y hasta llegó á celebrarse por poderes el matrimonio. Carlos VIII, que comprendía cuán peli-

groso para su corona era ese enlace, solicitó abiertamente para sí la mano de la princesa; pero Ana de Bretaña sólo repulsión sentía hacia el joven monarca. El interés la inclinaba á Maximiliano, si bien su corazón hubiese preferido á Luis de Orleans. Carlos VIII tuvo la feliz idea de poner en libertad á ese príncipe, y de utilizarlo como mediador para lograr sus fines. Todo le salió como lo deseaba. El duque de Orleans, encadenado por la gratitud, sirvió con grandísimo celo los intereses de su bienhechor y logró realizar el apetecido casamiento, que daba el último golpe al poder de los grandes feudatarios en provecho de la unidad del reino y de la independencia de la corona.

Las naciones extranjeras tuvieron celos de la fortuna de Carlos VIII. El rey de Inglaterra, Enrique VII, pasó el estrecho y puso sitio á Boulogne; el emperador Maximiliano, irritado por la afrenta que le habían hecho, se apoderó de Arras; y Fernando, rey de España, reivindicó el Rosellón y la Cerdeña. Carlos VIII hubiera podido destruir fácilmente los planes de sus enemigos; pero el relato de los hechos de los antiguos caballeros le había inflamado la imaginación y no podía fijarse en ninguna idea práctica. Sólo soñaba en quimeras, y su espíritu fantástico le hacía concebir las mayores esperanzas en derechos que le habían sido transmitidos por la casa de Anjou sobre el reino de Nápoles. Esto fué lo que le decidió á emprender la conquista de Italia (1494).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Luis XI es uno de los más notables de la monarquía francesa. Con él se inaugura la edad moderna, abatiendo el poder del feudalismo y trabajando en el desarrollo de las nuevas instituciones.

I. Las casas de Anjou, de Bretaña y de Borgoña eran las más importantes al ocurrir el advenimiento de Luis XI, y contaban con numerosos apoyos en la nobleza. El poder real tenía la ventaja de poseer dominios más compactos y de estar sostenido por la alianza de las potencias extranjeras. Durante su reinado, Luis XI se propuso como misión el aniquilamiento del feudalismo. Por de pronto procedió con torpeza, y sus primeras faltas excitaron contra él una coalición llamada liga del Bien público (1464). Para vencer á los nobles, el rey se apoyó en la burguesía, y después de la dudosa batalla de Montlhéry (1465), firmó los tratados de Conflans y de Saint-Maur, que pusieron término á aquella especie de guerra civil. En ellos concedió cuanto sus adversarios quisieron, á reserva de hacer luego que

una asamblea de notables que convocó en Tours desautorizara sus promesas (1468). Fué á Péronne al encuentro de Carlos el Temerario, pero habiendo sabido éste que los habitantes de Lieja acababan de rebelarse, siguiendo los consejos de Luis, lo guardó prisionero, y no le devolvió la libertad hasta que lo obligó primero á asistir al castigo de sus aliados. Luis XI no cumplió el tratado de Péronne, según su costumbre, y lo hizo anular por los estados generales (1470). Esa conducta renovó las hostilidades con el duque de Borgoña, que formó con el rey de Inglaterra y los duques de Lorena, de Bretaña y de Guena, hermano éste del rey, una liga contra Francia. Pero en eso murió el duque de Guena (1472), al paso que la abnegación de Juana Hachette rechazaba al duque de Borgoña delante de Beauvais (1487), y que Luis XI tenía la habilidad de dejar á los ingleses agotar sus fuerzas en inútiles correrías. El duque de Borgoña procuró luego hacerse conferir la diadema real por el emperador de Alemania Federico III, y volvió después sus armas contra la Lorena, que conquistó, y contra los suizos, que lo vencieron en Granson (1496) y en Morat. René de Vaudémont había ocupado de nuevo la Lorena, con ayuda de esos desastres. Carlos el Temerario quiso marchar contra él y murió bajo los baluartes de Nancy (1477).

II. Como Carlos el Temerario no dejase por heredera más que una hija, la princesa María, que se casó con Maximiliano de Austria, Luis XI se apoderó de parte de sus posesiones. El tratado de Arras (1482) le dió la Picardía, la Borgoña, el Artois y el Franco Condado. Al mismo tiempo trabajó en la ruina de los restantes grandes señores feudales. Así confiscó las tierras de los Armañacs, hizo prender al duque de Alençon, decapitar al condestable de Saint-Pol y ejecutar al duque de Nemours. Privó á la casa de Anjo del Maine, el Anjou y la Provenza, que le correspondían por herencia. Habiéndose enriquecido de ese modo el dominio de la corona con posesiones importantes, creó los parlamentos de Grenoble, de Burdeos y de Dijón, en interés de la justicia. Con el mismo intento estableció el principio de la inamovilidad de los jueces. Fundó el servicio de correos, alentó al comercio, favoreció la industria, y multiplicó las universidades para propagar las ciencias y las letras. Preciso es reconocer que el objetivo que Luis XI se propuso durante su reinado era laudable, pero desgraciadamente ese soberano creyó que el fin justifica todos los medios, y eso explica la falta de sinceridad y buena fe que con motivo cabe reprochar á su política.

III. Al efectuarse su advenimiento, Carlos VIII era sencillamente un niño incapaz de sostener la obra de Luis XI, pero su hermana, Ana de Beaujeu, poseía el genio de su padre. Esa princesa convocó los estados generales (1484) y tuvo la habilidad de hacerse reconocer como regente del reino. El duque de Orleans, que debía suceder á Carlos VIII, se unió á los señores para intentar una rebelión, pero fué vencido en Saint-Aubin, donde lo hicieron prisionero (1488). Carlos VIII tuvo después la feliz idea de volverle la libertad para que el de Orleans usara de su influencia con Ana de Bretaña, decidiéndola á casarse con el rey de Francia (1491), cuyo enlace sirvió para reunir aquella